

Una de la primeras páginas de *No sé si don Milani* muestra una primera diferencia entre aquella escuela de Barbiana y las nuestras, pero no es fácil explicarlo, hay que verlo... y en más de una escena. El título es nuestro, porque la autora no pone ninguno...

(DESDE EL PRIMER DIA)

Adele Corradi, Florencia
(traducción de José Miguel Castelo)



Adele junto a don Milani en el aula de Barbiana leyendo el correo y el periódico.

Al día siguiente, lunes 30 de septiembre [1963], me presenté en la escuela [de enseñanza media] donde por fin iba a tener mi plaza como profesora titular.

No me dieron más que un grupo con sólo 16 horas semanales por la mañana. Dos tardes de repastos completaban mi horario. Me tocaba pasar dos días enteros en Castelfiorentino, pero me ahorraba dos días libres completos por semana. Así que aquellos dos días me sirvieron naturalmente para ir a Barbiana. Y precisamente el martes primero de octubre me tocaba día libre.

Llegué allí arriba muy de mañana, pero cuando entré ya habían empezado la clase. Un muchacho me acercó una silla en silencio y en silencio me senté. Creo que ni siquiera dije buenos días. Trataba de molestar lo menos posible.

Don Lorenzo siguió hablando, pero un poco después se giró hacia mí que estaba sentada a su lado. Esta vez no acompañaba a nadie y sólo había pasado un día desde mi primera visita. Por eso tuvo que pensar, y con razón, que habría ido allí por algún motivo especial. Me preguntó abiertamente por qué había vuelto y si tenía algo que preguntar.

Ya sabían que yo era una profesora y pude responder sin preámbulos que estaba allí para saber cómo hacían para aprender a escribir en italiano. Era el problema que me preocupaba más, entre los muchos que se me presentaban en la escuela. Don Lorenzo no mostró extrañeza y me respondió que era afortunada. Estaban empezando precisamente aquel día un ejercicio muy especial: la “escritura colectiva”.

Los chicos de Barbiana se habían puesto de acuerdo con los de la escuela elemental de Piadena para cruzarse algunas cartas y la escritura colectiva servía para hacer juntos la primera de aquellas cartas. Cada muchacho había escrito alguna cosa y en el momento de mi llegada leían en voz alta lo que cada uno había escrito y “se troceaba”.

Pero de repente el trabajo fue interrumpido por una fuerte discusión. Se buscaba al responsable de no sé qué fechoría. La fechoría había sido denunciada por quien la había descubierto, pero nadie denunciaba al culpable. Don Lorenzo lo preguntaba muy enfadado, casi gritando, y llamaba bellacos a los chicos, que seguían guardando silencio sentados en sus bancos. Se continuó la clase sin que el culpable hubiera sido descubierto.

Yo estaba asombrada. Si alguno de mis alumnos me hubiera venido como un espía con un *chivatazo* le habría tratado muy mal. No dije nada, sin embargo, en aquel momento, pero lo hice cuando, a media mañana, hubo una interrupción de diez minutos y todos salieron de la clase excepto don Lorenzo y yo.

Entonces le pregunté cómo pretendía que sus alumnos denunciaran a un compañero, añadiendo que yo me enfadaba muchísimo precisamente cuando alguno lo hacía. Don Lorenzo no me respondió. Daba la impresión de reflexionar, pero enseguida volvieron a entrar todos y cuando de nuevo estuvieron alrededor sentados en sus grandes mesas llegó la respuesta a mis dudas. No se había tomado el tiempo para reflexionar, sólo había esperado a tener delante a los chicos.

“Esta pesada”, dijo (pero sonreía), “quiere saber por qué me he enfadado con vosotros hace un momento. Me ha explicado que ella se enfada cuando sus alumnos hacen de espías. No sabe que su escuela es distinta de la mía.

Hacen bien sus chicos en no *chivarse*, porque ella es un enemigo y, callándose, defienden a un compañero del enemigo. Aquí,” añadió dirigiéndose a mí, “los chicos saben muy bien que yo soy un amigo. Si se callan, traicionan a un amigo”

(*Non so se don Lorenzo, pag. 16-18*)

NOTA de la autora en un coloquio el 8.6.2002 *

“No es que me dedicara a visitar escuelas, círculos, o ambientes religiosos, pero Barbiana me pareció una escuela absolutamente laica. Tan es así, que tiempo después de subir allí arriba, le hice una pregunta a Don Milani que, ahora que lo pienso, me pregunto cómo tuve el valor de hacérsela; el caso es que me entendió. Le pregunté esto: “Don Lorenzo ¿le puede suceder a un misionero, que a la vez es médico, que al ir a África coja tal entusiasmo por la medicina que anteponga la medicina a su ser misionero?” Prácticamente le preguntaba si no era demasiado laica su escuela y si no se había olvidado de “hacer de cura”. En aquel momento me parecía que allí se acababa por enseñar sólo lengua y nada de “religioso”. Repito que, cuando hacía esta pregunta mi conocimiento de la escuela de Barbiana era muy relativo, porque subía allí dos o tres veces por semana puesto que aún no me había establecido allí arriba. Pero don Milani no me reprochó mi conocimiento, aunque fuera superficial, de su escuela; me escuchó atentamente y me respondió: “aquí se enseña la palabra. Hay algo de religioso en esto, no es posible alejarse mucho. También en el Evangelio Jesús es llamado Palabra”. La verdad es que no me acuerdo de sus palabras precisas, de sus frases exactas, pero el sentido del razonamiento era ese. El hecho es que, a primera vista, la escuela aparecía, como ya he dicho, absolutamente laica. Después, viviendo allí día tras día, me he dado cuenta de que en cada lección se veían raíces religiosas. Naturalmente no en las lecciones de álgebra. Y lo digo porque una vez vinieron unos seminaristas instruidos y abiertos y dijeron: “usted don Lorenzo hace la Comunión hasta cuando enseña álgebra”. En aquella ocasión don Lorenzo se enfadó. “Esto son juegos de palabras, dijo, la Comunión es una cosa y otra el álgebra”. ■

* B. Becchi, *Lassù a Barbiana ieri e oggi* (Polistampa, Florencia 2004) 259.